

Tegucigalpa. Paseo por la ciudad desolada

Bähr, Eduardo

Eduardo Bähr: Escritor hondureño. Docente universitario. Autor de varios volúmenes de cuentos. Es también director y actor de teatro.

Vivo en un paisaje donde el tiempo no existe y el oro es manso...

R. Sosa

Por muchos motivos esta ciudad mediterránea de un millón de habitantes población flotante, anillo de circunvalación de villas-miseria, pobres devaluados por las cifras oficiales, dos ríos, doce puentes, seis montañas, dos catedrales, treinta ermitas, trescientas sectas protestantes, un castillo de alquiler, cien socavones de oro abandonados, mil callejas, dos avenidas, cincuenta guerras civiles, quince gobernantes de a dos meses, un gobernante de a dos días, seis dictaduras militares, una tiranía de dieciséis años, dos ciudades gemelas y una democracia impuesta por los organismos internacionales de la usura merecería estar protegida como patrimonio de la humanidad.

Sus propios habitantes se han encomendando a la tarea de ir abatiéndola poco a poco hasta el momento de hoy en que las dos ciudades que la conforman no podrían valer para muchos, como hace una década, dos lempiras por un dólar. La excepción que confirmará esta deprimente realidad es, sin embargo, el gran cariño, sin medida en todos los metales preciosos que un día agarraron sus entrañas, profesado y confesado por otros, hayan o no nacido en el enfaldo de la vieja ciudad minera.

El lugar de las piedras pintadas

En esta ciudad nació Francisco Morazán, estadista y guerrero de raigambre bolivariana que vivió como una centella en los segundos en que la historia continental se iluminaba con las luchas independentistas y se desangraba en los ríos de la consolidación nacional y republicana. En esta ciudad nacieron poetas del romanticismo que, un poco a la vera de Darío, contribuyeron a poner la literatura universal de la época al alcance de estos «renglones torcidos de Dios». Como se verá, es una ciu-

dad de perfil colonial, hundida en el desarreglo de una biografía, medio delirante y, gracias a la civilización, con una marcada tendencia hacia el desastre.

Pero el su perfume real-maravilloso aún permanece en el trasunto de sus rincones, en sus retorcidas callejuelas, en sus balcones de metal aherrojado, en los patios interiores de las casas antiguas en las que las fachadas sólo muestran la cal y la techumbre, mientras uno adivina el tupido vergel, la diversidad de aves canoras y al loco de la familia encadenado al tronco de un almendro en flor.

Real de Minas de San Miguel de Tegucigalpa fue bautizada hacia septiembre de 1578 y subordinó inmediatamente las otras minas de importancia: Agalteca, Santa Lucía, San Juancito, San Marcos, porque un año después pasó a constituirse en Alcaldía Mayor y su primer alcalde lo fue D. Juan de la Cueva. Rafael Heliodoro Valle, un polígrafo continental que nació en estas Honduras se basó en sus estudios de idiomas mayences como el chortí y el quiché para buscarle tres pies al gato en lo que respecta al origen del nombre y su significado: «Creo - concluyó, sin darnos el pie semántico - que debe escribirse TEQUITZKALPA o TEGUIPZPAIN».

De todas maneras, los historiadores infieren que el Real fue fundado sobre un existente asentamiento indígena y que sobre sus lomos o sus cadáveres subió de rango con el olor a melaza del oro codiciado, para darle paso a una infancia y adolescencia lenta y dolorosa, tras el eco del sonido de las picas y el rumor de esclavitud en las cribas. Era un nombre altisonante y argentino, con un poco de barroco en el cuerpo y cacofonía en la desinencia, pero, sin duda, mucha magia en sus orígenes.

Para algunos, «Tegucigalpa» significa el lugar de las piedras pintadas, en consonancia con la diversidad de colores que aún hoy se observan en los filos de sus canteras (uno de los palacios del centro de la ciudad, el de las Comunicaciones, es una mole de variado estilo arquitectónico construido totalmente con piedra tajada de color rosa y sangre). Otros, metidos en la madeja del romanticismo suponen que es cerro de plata, por imitación, tal vez, al verdadero Cerro de la Plata, que dio el nombre al río que separa las capitales de Uruguay y Argentina.

Finalmente, unos pocos que andan a la cacería de una ansiada identidad nacional, aseguran y sientan así la verdad, que quiere decir cerro de los venerables ancianos; todo ello a contrapelo de que el valle de Tegucigalpa nunca fue ocupado por los mayas y nunca tuvo ningún consejo de ancianos, por la sencilla razón de que los esclavos de las minas ni siquiera tuvieron juventud.

La cruda realidad es que durante dos siglos se consolidó y se desarrolló la actividad minera y que ya para 1696, una aristocracia peninsular salida de las bodegas de los bergantines usufructuaba tanto las haciendas como las vidas de animales y humanos. De esa época es esta prueba remitente rescatada por la historiadora Leticia de Oyuela y que a la letra dice: «Blas Ordóñez Muñoz de Reyes, Cristóbal de Montoya, Gregorio Cabezas, Rafael de Albir, Francisco Díaz, Alonso Luque, Antonio de Borjas, Jorge Montoya, Diego de la Cruz Zaguilla, Joseph Araujo, Baltazar Ordóñez, Joseph Laínez, Pedro Montoya, Diego Fernández Vivar, Diego Muñoz, todos vecinos de las minas de Tegucigalpa, conceden poder al Alférez Real D. Andrés de Grandes, para que los represente ante el Rey 'Nuestro Señor' y su Presidente de Audiencias, así como aquellas autoridades que residen y las representan en Santiago de los Caballeros de Guatemala, a fin de que se cumplieran las ordenanzas en lo relativo al repartimiento de indios para el laboreo de las minas».

Con el avance del poder económico de los españoles y criollos y como resultante del usufructo de las minas se produce también, como se sabe, el afincamiento del poder religioso, durante tanto tiempo aliado merodeador y cómplice explícito y después cuña para que apriete en las subversiones de la independencia.

En el caso de los indios de Tegucigalpa los religiosos tuvieron vela en el sometimiento y podría ser que el «pueblo viejo» estuviese situado en las márgenes del Río Grande ya que en ellas estaban fijados los terrenos ejidales, posteriormente desaparecidos o constituidos en bienes mostrencos. Así pues, «apenas podemos inferir qué pasó con los aborígenes del pueblo de Tegucigalpa que, aparentemente, fueron reducidos con gran facilidad».

Durante esa época se marca también la avanzada de los criollos, los cuales se refuerzan en el poder municipal y en las primeras generaciones de curas mezclados. No es hasta el 17 de julio de 1778 que el rey Carlos III firma la cédula que concede el título de Villa al pueblo de Tegucigalpa «para que quede facultada al uso de divisa o escudo de Armas que fija la Real Audiencia». Se sabe con exactitud que el último alcalde peninsular que tuvo Tegucigalpa lo fue D. Narciso Mallol. Uno de los numerosos puentes que unen a Tegucigalpa con su gemela Comayaguela, fue construido a instancias y sacrificios suyos, no sin que los vecinos estuviesen noche y día serenando gallinas y transportando en canastas con cojinetes rojas y amarillas los miles de huevos que servirían para pegar, por los siglos, piedra sobre piedra.

Entre el inicio del mandato de Mallol y la fecha de su muerte (1822) se produce una década de violencia impulsada por las contradicciones entre la toma de identidad

«nacional» y la anexión a México. Por esa causa la ciudad tuvo el dudoso privilegio de formar uno de los primeros ejércitos con que se cuentan las cuentas de una historia muchas veces cruenta. Era una guardia armada de más de ochocientos hombres, cuyo coste de mantenimiento gravitó sobre el lomo de la población civil.

El fuego cabalgó por todo el Istmo y así, como resultado de las pugnas, los asedios y la destrucción, se paraliza el desarrollo. Hacia 1823 surge un decreto mediante el cual quedan para todos los centroamericanos abolidos los tratamientos honoríficos «Tales como majestad, alteza, excelencia, señoría, etc., así como la distinción del don, no debiendo tener los individuos de la república otro título que el de ciudadano, ni más distintivos que sus virtudes cívicas» (Marure).

En la independencia

Al proclamarse la Independencia de Centroamérica, Tegucigalpa era una «modesta aldehuela» (Turcios R.) con tres avenidas de oriente a poniente y unas siete callejuelas de norte a sur recostada en la falda del cerro El Picacho y con el aspecto del típico poblado colonial con casas rectangulares y grandes aleros y techo de teja asentadas sobre paredes de adobe de un metro de espesor ventanales con balcones de hierro forjado y una única entrada a manera de gran portón de dos batientes, al daba de bronce o fierro con barreta de metal o travesaño de madera. Según el censo que se levantó de enero a marzo de 1821, fecho por D. Vicente Coronel, Tegucigalpa tenía entonces 483 casas, 2.225 mujeres, entre catorce y cuarenticinco años, solteras, viudas y casadas. Había 3.804 solteros, casados y viudos para un total de 6.029 habitantes. De oficios había eclesiásticos, labradores, comerciantes, mineros, carpinteros, sastres, zapateros, texedores, herreros, músicos, pintores, plateros, coeteros, fundidores, barberos, curtidores, talladores, escribientes, 19 impedidos, 16 fatuos, 10 texeros, 2 escultores, 22 esclavos, 31 ídem mujeres y otros de todos los oficios.

Hacia 1846, cuatro años después de que asesinaron a Morazán en San José de Costa Rica y mientras el Istmo se sentó a la espera de la siguiente contienda fratricida, en Tegucigalpa se producía un vaivén mercantilista con algunos productos de exportación como el oro, la plata, cueros, tabaco, zarzaparrilla, bálsamo, caucho, maderas de adorno, vacunos y tintóreas y en la importación el rol incluía todo tipo de artículos de algodón, percales, ropa blanca, vestidos confeccionados, instrumentos de labranza, machetes, escopetas, figurillas decorativas, porcelana ordinaria, tijeras, navajas, latón, alambre y cuentas de vidrio (de Inglaterra); seda, cera, papel, vino, licores, aceites y frutas en conserva (de España); harina de trigo, manteca, ja-

mones, cerveza, vinagre, bujías de sebo, velas de estearina, jabón, sal, unguento, espejos, cuero, vidrio, yerro, telas de lana, hachas, pólvora y plomo (de los Estados Unidos).

Por 1848, Wells (W. V.) pudo describir no sin cierto asombro la proverbial hospitalidad del tegucigalpense - perdónese el gentilicio - en breves crónicas que han rescatado los cronistas de la ciudad Reina Valenzuela, Silva de Oyuela y otros: «llegamos y cruzamos por el puente de piedra que atraviesa el río a la entrada de la ciudad (...) El puente tiene diez arcos y los estribos terminan en filo para desviar la fuerza de las aguas (...) Entramos por una calle pavimentada (sic) bordeada de casas bonitas de piedra y adobe revocado, y las paredes pintadas de azul, rojo, crema o blanco según el gusto de los propietarios; los balcones con rejas; estrechas y hermosas las aceras, los techos entejados, los patios empedrados, el estilo peculiar y sencillo de la arquitectura y los rostros de ojos negros, con mantilla, que contemplan indiferentes desde las residencias frías como prisiones (...) Todas las calles de Tegucigalpa tienen nombre, y la ciudad me impresionó a primera vista como una excepción a las consabidas ciudades centroamericanas, arruinadas y de apariencia desierta. Esta es el cuartel general de la moda y la elegancia en Honduras. Mis cartas de presentación mas bien eran fuente de perturbación, porque al primero que yo me presentara, en cumplimiento de la costumbre establecida, me consideraría como su huésped durante mi permanencia». El mismo Wells fue el que relató, no se sabe si con imaginación hiperbólica o simple ingenuidad, una supuesta lluvia de granizos marcianos: «En diciembre de 1848 cayó una tormenta de nieve y granizo fueron destruidos árboles, plantas y pájaros. El hielo quedó diseminado en un área como de dos leguas cuadradas y en tal cantidad que se conservó en el suelo por espacio de dos semanas...» Algunas observaciones que servirían sin mentir un ápice para gacetilla de los diarios actuales: «Es difícil conseguir sirvientes en la democrática Honduras en donde todo individuo sano está expuesto a que lo agarren para soldado». Para terminar su expedición con una deliciosa proclama imperialista: «El país descrito es uno cuyos recursos, unidos a un clima templado, son a propósito para atraer la atención de los norteamericanos; y razonable es suponer que eventualmente llegará a ser poblado por la raza anglosajona».

La mujer de cuatrocientos años

Cuatrocientos y pico de años, tuétano de mula e indio muerto, tiene nuestra ciudad. Allí están todavía los viejos adoquines, allí están el castillo Belluci, ensoñación de un loco y noble arquitecto italiano que haló piedra por piedra con la tenacidad de un poseso, tal vez con la idea de poblarlo de fantasmas de vírgenes de Boticelli,

y que acabó muerto nell messo del camino de una vulgar pendiente y con el sueño roto en la mirada triste. El castillo, a medio construir pasó de mesón de alquiler a refugio de drogas con el pelo crispado de cuerdas de guitarra eléctrica, y vuelta al alquiler, como si desde el presente con su vil naturalismo se le halaran los coturnos al noble ángel que quiso volar anclado. Allí están algunas de las calles empedradas por los reos comunes en la época del dictador Carías Andino, cuatrillizo en Centroamérica con los no menos sanguinarios Ubico de Guatemala; Somoza de Nicaragua y el yerbero Maximiliano Hernández Martínez de El Salvador, quien según el poeta Roque Dalton (asesinado por la propia guerrilla en 1975), tenía más respeto por las hormigas que por la vida de sus compatriotas y que, en una fría mañana del invierno salvadoreño de 1932 desayunó mantequilla de cacahuete con loroco e izote enhuevado y café de volcán sin nata y sin azúcar y tortillas del comal con sebo de ternera mientras sus esbirros le arrancaban la vida a treinta mil campesinos que pedían un pucho de tierra para caerse vivos. En esas calles estuvo también encadenado y partiendo piedra el poeta Juan Ramón Molina, por el delito de haberle dedicado una décima a algún ratascán de turno. Y solamente no estuvieron empedrando calles aquellos disidentes políticos que ante las opciones de una trilogía grotesca «encierro, entierro, destierro» optaron por la última, para ir a terminar tuberculosos, dentro de un armario como habitación, en el exilio de México, como el poeta Jacobo Cárcamo, rudo antimperialista y niño triste en su barco de papel.

Allí están las huellas de ilustres viajeros, buscadores de tesoros, poetas unos, racistas otros; amparados todos bajo el alero español de la noble ciudad - O'Neill [[*]] , Conrad, Asturias, Abreu-Gomez, O'Henry, Stephen, Dunlop Wells, Morley y tal vez Sir Walter Raleigh, cuando andaba en la búsqueda de Macondo.

Allí están todavía los ríos antes caudalosos y ahora pestilentes a la espera de ser embaulados, con la nostalgia de que ya nunca podrán lamer la yema y clara de sus amados puentes. Allí están las catedrales, la antigua, esperando en el frío que dos hambrientos maleantes le lleguen a robar los últimos cortinones; la moderna, atribulada por el revoltijo de estilos arquitectónicos, a la espera de otros cien años de limosnas para tocar al viento el primer campanazo.

Iglesias y cerros

De esta catedral, la antigua, Scherzer, en una crónica voluntariosa de 1858, dijo: «el estilo arquitectónico es sencillo pero noble. El diseño de la fachada exterior y de la nave central, así como el de las cúpulas de las dos torres centrales, dan prueba de un gusto depurado. Es una lástima que la decoración interior de ese santuario con

cortinados de abigarrado colorido, oropeles, espejos, figuras talladas de mal gusto y cuadros de santos pintados con no menos crudeza, hagan un contraste tan marcado con la sencillez de la construcción». Eso no fue cierto; o lo fue para un punto de vista de gusto escamoteado por la frialdad caucásica: esas «figuras talladas de mal gusto» y «cuadros pintados con no menos crudeza» representan, aun hoy, si es que algún monseñor Lunardi no los ha metido en la sotana de las subastas, lo mejor de la imaginería patética en talla de madera y rasgos de yeso, labrado por artesanos inspirados en la reliquia española, y aprendida de memoria en los conventos de Guatemala. Y los cuadros no representan ninguna «crudeza» sino el alma de la pietà, el halitus en el segundo en que la vida se separa del cuerpo, el dolor supremo por el sufrimiento eterno del hombre, el más íntimo momento de individualidad, la suma de la sinceridad; y todo ello guarnecido tras la sombra y el color tenue de las escuelas de Velázquez y Murillo, demasiado sutiles para la apreciación de un mensajero imperial que estaba más interesado en los meandros del mercantilismo y en la seguridad de que no contraerían aquí sus coterráneos la fiebre verde y el tabardillo.

Más afortunado, por ingenuo, lo fue en la breve descripción de la iglesia de Santa María de los Dolores, que permanece por muchos años rodeada por mercaderes y policías, y cuando dice: «estilo morisco sobre los altares semiderruidos, cubiertos de polvo, viejas botellas vacías prestan el servicio de floreros y al observador desapasionado le resulta curioso ver en ellos aún adheridas las etiquetas con los nombres de su antiguo contenido, como por ejemplo: Old Cognac, Double Stout, St. Julien, Sillery Mousseux, etc». Un observador apasionado hubiese querido que las botellas no estuvieran vacías; para que representaran, en su sagrado florilegio, la conjunción perfecta entre el paganismo y la civilización occidental.

Allí están las ermitas, pequeñas y tímidas en la sombra de una cáscara de huevo, con la idea fija de tener cada una para sí una virgencita de madera con el agravante de haber sido encontrada por un labrador con caites.

Allí están todavía los socavones escondidos en el patio de las mansiones de La Leona, negros refugios para murciélagos de colores, ecos para los gritos en los juegos de los niños, sitio fértil para las citas con las niñas que ya tienen muñones de alas en los omóplatos o simplemente sinfonía para los tristes lamentos de los fantasmas de los indios, que murieron para volver al barro y que no pudieron, como anhelaban, convertirse en hombres de maíz.

Allí está la ciudad. En la entraña de su historia tenía ya su propia oposición: mágica, triste, perezosa y alegre en la sutil borrachera de sus noches. Ardiente en la reverberación de las faldas de los cerros pelados y agitada con temblores de ave perdida en las luces de las casas regadas en la noche por doquier.

De una crónica anodina del siglo pasado se colige, entre líneas, cómo era y qué lirismo encajaba su nombre: «La heroica ciudad de Tegucigalpa, que se levanta majestuosa, al pie de las altas y pintorescas montañas teniendo al sur a muy pequeña distancia la hermosa montaña de Hula, que le envía sus suaves y frescas brisas, y el caudaloso Guacerique, que unidos con el río Grande Jacaleapa y Río de Oro, que pasan por sus orillas, para después atravesar la ciudad, acariciándola con sus mansas y cristalinas aguas y las pequeñas colinas que la rodean como si quisieran adormecerla...» De eso ya no hay mucho los llamados «pulmones» de la ciudad se han ido arrinconando hacia las plazas en donde pequeños conjuntos de árboles luchan por sí solos para abrirse paso hacia la luz del sol muchas veces empañada por una presuntuosa neblina deletérea que queda asentada en la gran taza que forma la ciudad después de ser escupida por las fábricas y los automóviles.

El pulmón importante porque está enclavado en el centro de la ciudad, se llama Juan Laínez y en sus laderas ya se han construido repartos habitacionales de clase media que reptan irremisiblemente hacia la cima, coronada por un monumento «a la paz» y una enorme bandera nacional. En una de esas laderas puede verse desde larga distancia una mordida como de perro gigantesco, pues sucedió que un empresario necesitaba un estacionamiento para los camiones que deben transportar sus productos químicos y, coludido con las más altas autoridades de la ciudad, arrancó los árboles con todo y cerro.

Plazas y parques

Las plazas están ubicadas en todo los rincones. Son los parques de la ciudad, cada uno con su íntima personalidad: La Concordia, construido en la época de Carías Andino por escultores artesanos que reprodujeron con la misteriosa belleza de la piedra antigua las Estelas mayas de Copán, la piedra de los sacrificios en el lomo de una descomunal tortuga; la pirámide de Balam, el Jaguar, con sus escalinatas de jeroglíficos en cuyos perfiles todavía pueden deslizarse los solsticios y los equinoccios. Todo en medio de la música de los bambúes, el graznido de los ánades y los suspiros en los puentes de los enamorados. La Leona, con su mirador desde cuyas verandas las parejas nunca miran hacia la ciudad, sino hacia sus corazones, que laten en su propio laberinto.

El parquecito Finlay, el Valle y el Colón; en los que el insigne investigador cubano permanece hierático y semiescondido observando la parafernalia de beodos consuetudinarios que descansa en las bancas de laboratorio; el redactor del Acta de la Independencia, de espaldas al cuartel - antes convento - San Francisco; y el ínclito aventurero del descubrimiento estratégicamente situado frente al aeropuerto internacional Toncontín, brazo en ristre, con un gesto más conminatorio que de grandeza. Por extensión los monumentos de Con Fu Tse, también cerca del aeropuerto y de gran calidad estética; la monumental estatua ecuestre de Bolívar, bella e imponente, que abre, desde el hospital San Felipe, la avenida Los Próceres, en la que más de una docena de bustos permanecen tirados, sucios y descuidados por el gobierno edilicio y hasta por los países que los obsequiaron. En esa ristra es necesario reconocer la originalidad de los bustos de Martí y Tiradentes que sobresalen entre la desidia por su reciedumbre. De la estatua de Alfonso XIII, erigida en el exclusivo residencial Las Lomas y de la de Juan Ramón Molina, refundida en un cementerio general, sólo podríamos decir, casi con temor, que a una le robaron el espadín y a la otra la mano derecha.

No nos podríamos olvidar del parque La Libertad que se llama así por la libertad que tienen los mariachis de rasquetear el guitarrón y cantar la rancherota (a veces al puro estilo Muñiz) frente a una iglesia, a un hospital y al Palacio Nacional de Bellas Artes durante toda la noche. Y la que tienen las putas de descarrilar su jolgorio de seis de la tarde a seis de la mañana, antes de que pase la última perrera de la Fuerza de Seguridad.

La luciérnaga

Por la noche la ciudad tienta una vida dúctil y maleable. A la «hora gris», como describió al primer bostezo de la noche el pintor Arturo Luna, las hormigas salen de sus volcancillos y se van tras un olor entre lúbrico y melifluido por restaurantes, discotecas, cafeterías, merenderos, pupuserías, cantinas, moteles, estancos, burdeles y alcantarillas. La búsqueda marca en descenso la pirámide social pues, mientras una clase entre ociosa y bullanguera llena hasta el bote Chico Lara, Honduras Maya, El General, El Barco, Boca del Mar, Hunter, Burger King, Toto's, Hut, El Arriero, El Churrasco, Don Quijote, Tony Mar y un centenar más de agradables sitios en los que se puede bailar, libar, comer y enseñar el discreto encanto de la burguesía; otra clase, situada en el extremo del callejón en donde dice «sin salida», se tira con desesperación hacia el tubo del escape. No come, se harta; no liba, chupa y no enseña más deseos que los de contraer el cólera morbus o en su defecto el SIDA, tras el encanto de sus sueños, que podría estar fichando en Cocodrilo, Ipacarái, La

Mansión Dorada, La Casa de Piedra, Happy Land Bar, Irazú, Villa Hermosa, Mamasita, La Muca y todos los otros que hacen fila india en barrios no muy apartados pero eso sí, con nombre santificado como Belén, Monserior Fiallos, Las Crucitas y El Perpetuo Socorro. Algunos no alcanzaron a llegar tan lejos porque el horóscopo de la Santera sólo les recetó el Aquí me quedo, El primero en la frente, El fogoncito, Don Yaco, El último adiós, Mamachepa, Las primas, Gabi's, La pájara pinta, Las cotorras floreadas, La base, Las golondrinas, Las camelias, Chiverito, El cementerio y todos los que fundó Demócrito quinientos años antes de Cristo. Al final de esta clase social la democracia es tan funcional que nadie tiene nombre, pero se le puede identificar con un amoroso e íntimo - a veces familiar - sobrenombre, porque todos saben quién es, dónde está a estas horas de la noche y qué está haciendo Burranata, Quiebracatres, Panduro, Bollo divino, La Culantría, La Clueca, Carneasada, La Culefuerzo, Canabrava, Cebollita, Culebrona, Machucachile, Pan Bendito, Carenalga, Manuela Zanate, Morir soñando, La puñales, Pechoelora, Pesadilla, Mala noche no, Tortacaliente, Sara Ampión, Miramesí, Maruca Tendete, La pelleja, Peloetusa, La remolino, Pelámel Suyate, Peduemula, Vitriolo, La zorrilla, Tragaldabas, Muerta triste, Alma Pura, Pomo de veneno, Monalisa y Venus de sol.

Y lo que es más importante: con quien lo está haciendo, porque éste podría ser su príncipe cetrino, o sea: Cabronegro, Rata Gorda, Chus Calambres, Picodioro, Cemitón, Colapso, Cacho, Cagarruta, El cadejo, Roque Capiroto, Dundo Elías, Carro Fúnebre, Caballón Elegante, Zancudo peinado, Muerto bañado, El Trípode, Cemento armado, Raúl Velorio, Chapa Falsa, Pingaloca, Mentira fresca, Pizote, Chito Mammón, Gatotísico, Chorro de humo, Toño Garañón, Pedro Feto, Juan Divieso, Joche fusil, Juan paratrás, Galluelata, Gurrumino, Maese Jáquima, Lázaro Galtina muerta, Pateyuca, Palo mudo, Caradehacha, Pedro Apiate, Vinagre, Piojo blanco, Rosuco, Zompopo Cabezón, Pijachica, Tamagaz de Coray, Tasajo Recio, Pechuemula, Primitivo, La Rata Contreras, Noche Clara, Venado Castro, Avioneta, Coneja Cardona... En fin, unos finalistas que tienen el corazón indefinido y que también vagan como mariposas esquineras en busca de un papasote o, ya de perdida, un borracho subconciente que quiera un adarme de amor y que les susurre entre los éteres de la melancolía su nombre de batalla Nalgarrala, Choni, Yesenia, Verónica Castro, Cristina, Tieta, Doña Bella, Callejona, Mery, Marilú, mezclado con cocacola y un «te quiero» entre una fiebre de bostezos y una descomunal pedorrera.

Ney o Morazán

En una plática rapidísima que tuvimos en La Habana, para un congreso de escritores hacia 1976, García Márquez me dijo que quería conocer Tegucigalpa (y Hondu-

ras) porque le habían dicho que era una ciudad berraca donde los aviones chocaban con los autobuses y había en la Plaza Central una estatua del Mariscal Ney, guerrero a caballo en bronce; y que la comisión encargada de traer de París una de Francisco Morazán había dejado los viáticos y el dinero para el escultor en las casas de putas que regenteaba un enano llamado Tulú-Letré; y que en la huida vergonzante que era el regreso a la patria no habían tenido más remedio que traerse una cualquiera de un depósito de esculturas usadas.

Le dije que el de la estatua era realmente Francisco Morazán; que por intermedio de un tal Durini había sido esculpida en los talleres de los hermanos Thiébaud, que allí había sido fundida y que el escultor se llamaba Leopoldo Morice; que existían además certificados auténticos de la Maisón Thiébaud Frères, Sociéte Anonyme de Fonderie Artistique y que si venía a Tegucigalpa a decir que ese era Ney le iba a llover una descarga de granizos peor que la de 1848, que el Consigüina iba a vomitar un mar de azufre peor que el de los ojos de una mujer celosa y que su fuego iba a ser tanto que oscurecería el sol y tendríamos que pelear a la sombra contra una botella de Havana Club 12. También le dije que me sería imposible rescatar la copia de su ficha delictiva universal, por ser amigo de Fidel, que estaba en manos de nuestra policía secreta. No recuerdo qué contestó, porque tenía que firmar los ejemplares de su Crónica..., lanzamiento cubano. Tal vez sólo recuerdo una sonrisa bajo su bigote rudo y un brillo de pesar en la mirada, porque no todo lo que quería se le iba a cumplir, ni Marx mediante. Si algún día lo veo, en otro congreso, y estamos todos allí, le regalaré esta crónica de mi ciudad, para que la ponga de llavero en el corazón.

Ya entrada la madrugada, y hasta el filo de la noche y la sangre del primer sol, las hormigas irán a oír a los mariachis, al Charro talanguño, a Muñiz o a Valloy, entre el desgarrar del tango uno y la escarcha de una cerveza «brutalmente fría»; por mientras dan las diez y los guerreros de la última batalla miran cómo se abren las puertas del «New Bar», de Tito Aguacate, para destemplan el alma con un «calambre», hecho de ginebra, vino tinto moscatel, azúcar, limón y dos hojitas de hierba buena.

Ya es otro día en mi ciudad. Los estudiantes van para la Universidad Nacional, que en tiempos del Padre Reyes, en 1845, tres años después de que asesinaron a Morazán, se llamaba Academia Literaria del Genio Emprendedor y del Buen Gusto; o para la Pedagógica; la Academia Nacional de Música, la Academia Nacional de Arte Dramático y, si pueden abrirse paso entre los miserables que duermen todavía bajo un periódico al lado de una columna o en el quicio de las enormes puertas

labradas y al amparo de una vestal blanca con yeso de molde; si pueden saltar por sobre los termiteros y las tejas caídas durante la noche, la Academia Nacional de Bellas Artes, de la que salieron las obras expuestas en Washington, en París, en Leningrado; las obras de Zelaya Sierra, Becerra, Lazzaroni, Gómez, Velázquez, Castillo, Garay, Molina, Fanconi, Buchard, Guardiola, Vizquerra, Luis y Ezequiel Padilla, el Indio Aníbal Cruz y otros más jóvenes. Las jovencitas con sus uniformes y su gritería cristalina pasarán por sobre los doce puentes y el obrero pasará sobre la calle adoquinada, con la mirada baja del que espera de pronto el fogonazo de una moneda perdida, atada a la cintura la «burra»: tres tortillas y frijoles machacados.

La loquera

Me faltaba recordar a los más locos de los locos de mi ciudad. A los poetas. En 1880 el cubano José Joaquín Palma dijo que Tegucigalpa era «bella, indolente, garrida». Rafael Heliodoro Valle dijo que su catedral era «una equilibrista paloma que se fuga hacia el morado (no sé qué) de tus cerros de amatista». Navas dijo que Tegucigalpa era «Toledo de romana y serenata en puentes de luz y ríos de embeleso». Claudio Barrera dijo: «esta ciudad es isla, con un trajín de colores desvanecidos, como barcas abandonadas en las riberas del mundo». También dijo que era un cuadro aburrido de burgueses en siesta, o algo así. Angel Augusto Morales la vio «desnuda y temblorosa en lupanares». Eliseo Pérez Cadalso sabía que «aún - en tus cálidas noches de azucena - se ve en los balcones la novia morena en furtiva charla con algún galán». Y Roberto Sosa la describió como el sitio en que vive, o mas bien muere.

Roberto Sosa es el más alto poeta de Honduras en las últimas décadas, juntos conocimos las callejas de Tegucigalpa, al grado de que siempre lo asocié con el carácter deslumbrante y repentino de la ciudad a pesar de que nació en una remota región trezada por la selva alegre de la Costa Norte del país. Recuerdo que para la presentación de un libro suyo de poemas con mucho de execración y con el taxativo título de *Secreto Militar* escribí unas líneas en las que nos imaginamos la conspiración para leer los poemas de su primer libro conocido en Europa (*Los Pobres*) y en las que aparece la ciudad como un resplandor de fondo: de esto hace veinte años, lunas más o menos. El y yo bajamos por una calleja empedrada, de las de los cuadros primitivistas y sin el vaho que deposita sobre ellos el polvo en las paredes. Por lo contrario; mientras llovía en sucesivas cortinas insufladas hacia el fondo de la gran taza que forma el centro de la ciudad y un sol firme lo cubría todo, una mágica aleación con el acero las cinco de la tarde hacía explotar el cielo en pavecillas revueltas en un tráfago brillante. Parecía que aquella galerna depositaba sus ceni-

zas de oro sobre el tejado almagre de las casas, con precario agarradas de las colinas, como para cubrir la pobreza oculta tras la sombra de los adobes. Nos habíamos conocido en la más reciente transmigración y no había la confianza que cortara los silencios y despegara la vista de los fósiles pulidos que iban en carrera desordenada, calle abajo, con su manto de piedra. Teníamos la certeza de que nos vigilaban. Las ventanucas se entreabrían y algo acechaba nuestro paso. Sobre el empedrado se oía como el eco de las espuelas de dos fantasmas coloniales.

En un momento en que nuestros pensamientos se habían encontrado él dijo: «nací en Yoro» e hizo una pausa para que el sonido de la palabra quedara vibrando; después continuó, ladeando la cabeza, mientras me miraba: «acabo de ir a organizar la lluvia de peces». Pensé que era el mes de julio y que la mágica observación subrayaba la situación recóndita de su pueblo en el que, a estas horas, los aldeanos ya habían metido en sus canastas centenares de peces que habían amanecido agonizando en una sabana, mitad aeropuerto, mitad niebla impenetrable, después de toda una noche de pavoroso chubasco de centellas. Me miró otra vez de lado, no tanto para ver si yo estaba allí como para comprobar si su frase me había pegado alguna escama en el alma. Pude ver que sus ojos tenían un tono de cobre a esa hora y adiviné que pasarían pronto a veta verde. Tenía el cabello ondulado como la escarcha en la penumbra y su frente abría paso con sumo cuidado hacia atrás en dos leves entradas. El color de su piel también era cobrizo pero más claro que las monedas nuevas.

«Cuando usted envejezca las canas le van a empezar por el bigote», dije. «Viejos los caminos - replicó, y los caminantes que no hacen camino al andar». Reímos, sin que nos preocuparan los ojos ocultos debajo de las piedras, tras las puertas y sus postigos. Llegamos, al fin. Su casa también estaba atada a la pendiente, sobre la callejuela. Antes de entrar, al mismo tiempo, vimos, hacia los edificios y las casas lejanas, las luciérnagas que iniciaban su juego sexual en las colinas de enfrente y sus luces que se confundían con las ventanas: «Vivo en un paisaje donde el tiempo no existe y el oro es manso. Aquí siempre se es triste sin saberlo. Nadie conoce el mar ni la amistad del ángel. Sí, yo vivo aquí, o mas bien muero. Aquí donde la sombra purísima del niño cae en el polvo de la angosta calle. El vuelo detenido y arriba un cielo que huye...».

Vimos que miles de pájaros negros se dirigían hacia la plaza en el centro de la ciudad y que, en una invasión de todos los días, invocaban «la hora gris» y cubrían todos los árboles, y los hacían hervir.

...el obrero pasará sobre la calle adoquinada, con la mirada baja del que espera de pronto el fognazo de una moneda perdida, atada a la cintura la «burra»: tres tortillas y frijoles machacados

Ciudad sin ruido

Hoy escribo esta crónica de mi ciudad recordando el último día en que la vi desierta. Fue el pasado Viernes Santo. Todos se habían ido para las playas a meterle el dedo al mar, para que después de la Semana Santa quedara vomitando una sucia espuma verde. Hacía un calor de la gran puta y sobre la calcinación de sus piedras y adoquines reverberaban todos los fantasmas de su historia; por eso yo no estaba solo pero ella, mi amada Tegucigalpa sí estaba desolada, mostrándose en su tristeza tal como era, hermosa con su blumer de ceniza ardiente.

*«During, the nights, which are cold in Tegucigalpa the consul, who could not supply enough blakets to keep his patient warm, abded a cover of some worn American flags». A. & B. Gelb.